

encuentran en una misma parte; y motivos punibles si se les considera aisladamente, toman el carácter de justicia cuando se colocan en el tiempo y lugar que le es propio. Entre los trabajos simultáneos de descomposición y recomposición, opuestos aunque convergentes, muchos no distinguen los gérmenes que se pierden de los que fructifican, y atribuyen á una época las faltas que dejó la precedente; pero despues de combatidas las ideas, quedan las costumbres, así como hecha la revolucion moral, queda que hacer la social. Despues aparece el espíritu de contradicción que con tanta actividad como sutileza se complace en destruir las glorias adquiridas, mientras que la muchedumbre, ciega y presuntuosa, acepta las opiniones que reúnen hermosura y coordinación; tanto mas en la actualidad que no pudiendo cultivar la inteligencia todas las partes de un campo que siempre va aumentando su extensión, le acontece lo que á los círculos que forma el agua cuando se arroja en ella un cuerpo extraño, que cuanto mas se extiende, son menos determinados. Los elogios y vituperios clásicamente prodigados son luego rechazados por noticias contrarias que aparecen para decir *no es verdad*; para atribuir al desarrollo de una serie progresiva lo que parecia prevision política, para bajar al héroe de su deslumbrante trono, y volverlo á colocar entre los demas mortales.

Nos hallamos, pues, en aquella *comedia* en que Dante tambien supo interpretar la Divinidad: la tragedia nos ha enseñado á admirar la dignidad y el heroísmo de las razas nobles; las historias á no formarnos idea de la gloria sino personificada; y nos admira mas Hércules, vencedor del leon, que la civilizaci6n arrojando monstruos de uno en otro país. ¿No conocéis el impulso de la escuela en esta admiraci6n del individuo mas bien que de las masas, en lo que se cumple en un día mas bien que en la obra de los siglos, y en querer que la historia sea un drama con unidad de acci6n y de protagonistas?

Tal era la historia antigua, y por esto se comprende mas fácilmente. En ella es uno el objeto, uno ó muy pocos los actores, uno el centro de interés, y uno á veces el sentimiento de las pocas oligarquías que dominan á una generaci6n esclava, y que resaltan entre la desordenada muchedumbre. Al paso que hoy toda naci6n marcha con independencia, y si una domina á otra es por casualidad ó por una excepci6n violenta, en las antiguas era preciso reinar ó sucumbir; y de este modo bastaba que la historia se ocupase de la vencedora. El escritor moderno, al dar sus primeros pasos, se ve obligado á desmontar su campo, á discutir los orígenes que ya no se remontan á los semidioses, sino á los Bárbaros; á dividir su atenci6n entre infinitos elementos; rebatir las opiniones desacordes sobre cada acontecimiento, y entre las causas complejas y remotas guiarse

por el análisis filosófico, cuya insistencia científica perjudica al interés dramático. Debe tambien ocuparse de los números, porque se dice que las rentas públicas son el nervio de los Estados, y lo son en realidad cuando se reducen á ciencia, no para proporcionar dinero á los gobiernos, sino para procurar la opulencia nacional, su equitativa distribuci6n y su circulaci6n expedita.

Entre los antiguos se revela mejor el imperio de la voluntad, al paso que la complicaci6n moderna apenas deja descubrir al hombre entre innumerables elementos; en aquellos la lucha instantánea, en esta la investigaci6n del órden que conduce á la fusi6n, despues á la filantropía, y que no deslumbra como las ruinas y los trastornos. Por esto se asemejan todos los narradores antiguos, y entre los modernos hay tantos géneros como diversidad de objetos. Unos consideran solamente los fenómenos; otros las causas abstractamente; estos los gobiernos; aquellos los pueblos; quién lo reduce todo á cuadros genéricos é innominados; quién cree que no debe olvidar la mas mínima particularidad; algunos ven por todas partes la mezcla de las razas y la guerra; otros solamente los efectos del comercio ó los de la religi6n.

¿No es natural que los historiadores de la antigüedad, que eran á la vez oradores y pintores, agraden mucho mas que los modernos, políticos y economistas? Estudiad en los primeros aquellos remotos tiempos, y se os presentarán tan radiantes que á muchos harán apreciarlos como lo mejor de la humanidad; y de aquí que filósofos como Maquiavelo, Rousseau y Mably quisiesen aplicar á los tiempos modernos los dogmas de las repúblicas antiguas y proponerlos como modelos. Pero sin indagar si los tiempos antiguos fueron mas felices, ¿no reparan que fueron enteramente diferentes y que por ello no se pueden juzgar con las ideas pertenecientes á los nuestros? Ent6nces los pueblos que eran pequeños (no hablamos del Asia cuyos imperios no encontraron panegiristas inteligentes) vivían de lo que se robaban unos á otros, reputando como grandeza propia la ruina de su vecino, reduciendo á esclavos á los prisioneros y á colonos á los vencidos, de modo que los ciudadanos podían estar ociosos en las basílicas ó en el foro, pronunciar sentencias y traficar con sus votos. Algunos para enriquecerse se sujetaban á las privaciones claustrales, mientras que hoy preferimos multiplicar los medios de satisfacer las necesidades, y mas bien que aliviar al pueblo de cargas, proporcionarle los medios de soportarlas con comodidad.

Los antiguos que trataron de economíá política, se ocuparon en deplorar las máximas perniciosas, mucho mas que en las aplicaciones prácticas. Ninguno acude á las fuentes de la riqueza nacional y de aquellos elementos que dan vida á las sociedades, y aun cuando la sensatez los conduce á verdades útiles, no sa-

ben darlas conexi6n, ni probarlas. « ¿Qué haríamos, dice Xenofonte, de hombres enclavados dos todo el día en el telar, cuyos productos enervan á los consumidores y hacen malgastar el dinero? » Aristóteles aprueba aquella *producci6n* que él llama *natural*, esto es, consumir lo que se obtuvo por medio de la agricultura, caza ó pesca, *artes útiles*; pero no la artificial, es decir, vender, porque con esto solo se aspira al lucro; y mucho menos especular y dar á préstamo, operaciones contrarias á la naturaleza. ¿Como si se pudiesen adquirir producciones sin capitales, ó tener capitales sin acumularlos! Platon colocaba su república lejos del mar, esto es, del principal vehículo del comercio, y procesaba al ciudadano si se envilecia con tener una tienda. « Desdice, concluye Ciceron, que un pueblo que domina toda la tierra, sea tambien negociante, porque traficando no se pueden tener ganancias sino por medio del fraude y de la mentira. »

¿Cómo nosotros que venimos del telar y de la tienda, podemos apasionarnos de una sociedad que las condenaba á la infamia? Si, pues, el ciudadano no debe dar producci6n, deberá vivir de limosna, y el Estado no podrá dársela de otro modo que robando. En realidad, Roma sacrificaba perpetuamente la utilidad á la grandeza, é invirtiendo el órden, quiere consumir sin producir, enriquecerse sin trabajar, esto es, quitando á otros sus bienes y libertad; porque donde falta la industria es imposible que exista la sociedad sin una gran tropa de esclavos, la igualdad es quimera y mentira las franquicias. Por esto son los caracteres de la sociedad antigua las personas ociosas y la esclavitud, así como el de la nuestra la continua tendencia á hacerse independientes; la economíá política es para ellos la conquista, y para nosotros la libertad del trabajo y el uso del crédito. Uno de sus filósofos decia que el mas bello de los espectáculos era el del hombre que con firmeza soportaba el dolor y la adversidad, y como tales se nos representan los héroes antiguos en el acto de desafiar á la fortuna; pero entre los modernos, en vez de esta digna pasibilidad, se requiere una lucha vigorosa contra la naturaleza indómita y las pasiones subversivas.

En el siglo pasado, cuando todavía la opini6n consideraba la industria como vil, los enciclopedistas aguzaron su ingenio para convertirla en honrosa, hasta el punto de confundirla con las bellas artes, y Diderot exclamaba: « Devolvamos por fin á los artesanos lo que les es debido, las artes liberales bastante se cantaron á sí mismas; ahora deben emplear lo que les resta de voz para celebrar las artes mecánicas. » Hoy las distinguimos porque su reintegraci6n se ha verificado, y la ciencia proporciona auxilios á las manufacturas; el artista anima con su inteligencia las fatigas del artesano, y creemos que el mejor medio de realzar la dignidad del hombre es ponerlo al abrigo de toda necesidad, garantía segura de

la libertad, cuando esta consiste en la mayor suma de independencia personal respecto de los ciudadanos y se aumenta cuanto mejor repartidos se hallan los productos del trabajo. ¿Podía esto realizarse jamas en gobiernos de pocos hombres libres é innumerables esclavos? ¿en pueblos enteros que trabajaban en beneficio de un corto número de privilegiados (1)?

Ni era posible tampoco tener medios para extender la industria, cuando apenas se conocían la geografía, la física y la química; tampoco se conocía la divisi6n entre el trabajo y las profesiones, y las tierras, capitales y trabajadores pertenecían á un mismo hombre. Por esta raz6n la economíá se limitaba á administrar bien el patrimonio doméstico y el público; por lo demas, las propiedades eran garantidas á los particulares, segun el grado de superioridad de su naci6n sobre las otras, no segun sus intereses recíprocos; y siendo las cosas privilegi6s de los vencedores, todo el estudio se dirigía á obtener predominio con las armas; de modo que hasta la economíá privada y pública se apoyaban en el poder inmoral de la espada.

Entre las sociedades antiguas y las modernas hay, pues, la diferencia que entre las aristocracias y las democracias, esto es, la disparidad ó la igualdad ante la ley. En aquellas vemos apariencia de lujo, de conformidad, de fuerza, voluntades mas unánimes y por lo mismo mas eficaces, mayor firmeza en los peligros y generosidad en los sacrificios; mas reflexi6n para obrar y mas constancia para conservar. Entre las modernas hay mas discusi6n, mas diferencias, mas inquietud por lo presente y manía de mudanzas, aun cuando no sean una mejora. En aquellas, individuos poderosísimos anonadan la autoridad social; en estas, los hombres están nivelados, y sobre la cabeza de todos mece sus alas el poder público. En aquellas se exagera el respeto á las clases privilegiadas; entre los modernos, el interés individual cede al comun, porque está comprendido en él: allá las fuerzas son anormales, aquí uniformes; de donde resulta que la independencia y la originalidad se confunden en una fisonomía comun. Todo hombre aprecia su patria y á sí mismo, y llega á adquirir facilidad

Aristocracia antigua y democracia moderna.

(1) El elocuente é impetuoso sofístico girondino Vergniaud pintó muy bien estos inconvenientes en la Asamblea Constituyente. Hé aquí sus palabras: « Voulez-vous créer un gouvernement austère, pauvre et guerrier comme celui de Sparte? Dans ce cas soyez conséquens comme Lycurgue; comme lui, partagez les terres entre tous les citoyens, proscrivez à jamais les métaux que la cupidité humaine arrache aux entrailles de la terre: brûlez même les assignats, dont le luxe pourrait ainsi s'aider, et que la lutte soit le seul travail de tous les Français. Etouffez leur industrie; ne mettez entre leurs mains que la scie et la hache; flétrissez par l'infamie l'exercice de tous les métiers utiles; déshonorez les arts, et surtout l'agriculture. Que les hommes auxquels vous avez accordé le titre de citoyen ne paient plus d'impôts. Que d'autres hommes auxquels vous refusez ce titre, soient tributaires, et fournissent à vos dépenses. Ayez des étrangers pour faire votre commerce, des ilotes pour cultiver vos terres, et faites dépendre votre subsistance de vos esclaves, etc., etc. »

la conversacion, porque no sospecha que otros les desprecien, como él no desprecia á otros; quiere el bienestar material, porque nadie puede imponerle privaciones, inútiles á su mejoramiento físico ó moral: á este objeto dirige constantemente su ingenio y sus fuerzas particulares, sin esperar de los gobiernos, ni de los grandes: siempre comparecia el hombre en vez del héroe; y por mas sencillas que sean las tentativas de las facciones, acude á su dignidad, que elige una causa y le sirve por convencimiento. De aquí el engrandecimiento del espíritu, que opone la autoridad de la razon al imperio de la autoridad; de aquí aquel sentimiento comun que ha llegado á ser predominante desde que Tayllerand dijo: « Hay uno » que tiene mas inteligencia que Luis XIV, » mas que la Asamblea Constituyente, mas que » Napoleon, y es el conjunto de Todos. » En una palabra, entre los antiguos están los hombres grandes; entre nosotros, hombres que hacen grandes cosas.

La existencia de la patria, en lo antiguo, dependía únicamente de la fuerza material, y cesaba cesando de vencer; y de aquí la necesidad de destruir para no ser destruidos; de suerte que apenas un pueblo disminuía sus fuerzas, quedaba esclavo de otro, ó de un déspota. Este germen necesario de destruccion no se encuentra en las raíces de las sociedades modernas, plantadas sobre el interes de cada nacion y de cada particular, sino buscando la prosperidad de sus vecinos y el propio engrandecimiento en el de todos.

Por la naturaleza de aquellas sociedades permanecian en manos de la autoridad, no solo el poder material aplicado á los actos, sino el poder puramente moral destinado á vigilar los pensamientos, las inclinaciones y las creencias. Separarlos era imposible, atendido su origen comun, y á que la política se restringia á una ciudad principal, aun cuando esta hubiese sometido medio mundo. No solo en los hechos, pero ni aun en las utopias se distinguia la direccion de las opiniones de la de los actos; y hasta cuando proponian dejar el gobierno en manos de los filósofos, esperaban una autoridad absoluta. Por esta confusion de poderes, la moral estaba siempre subordinada á la política; y siendo esta esencialmente guerrera, solo á la guerra se dirigia la educacion, abandonando la parte moral al oficio privado de los filósofos ó á las impresiones de los espectáculos. Ademas, los magistrados intervenian en todas las minuciosidades de la vida; la legislacion disponia enteramente del hombre y de sus acciones, hasta en su vida privada, penetrando en el sagrario doméstico, mientras hoy retrocede ante la inviolabilidad del derecho individual; pues siendo la patria todo, y nada el individuo, el hombre mismo se enajenaba de la sociedad, mientras que la moderna solo pide al ciudadano lo que es indispensable para el orden, conservando él una existencia propia y el

conocimiento de las acciones malas, aunque no estén prohibidas. Por esto en aquellas se necesitaba el impulso de los grandes hombres, al paso que las nuestras continúan su marcha hasta bajo el mando de reyes imbéciles y de jefes perversos. En aquella el hombre se aísla, sustenta su propia sociedad odiando á las demas; cree patriotismo aborrecer al que ha nacido en otro país, política el apoderarse de territorios ajenos, sirviéndole las poblaciones como instrumento de grandeza.

El afan de conquistas no conocia otros límites que la posibilidad; Agesilao decia: *Las fronteras de la Laconia se hallan donde llegan nuestras lanzas*; para los Romanos era enemigo el extranjero, y su condicion habitual la guerra; sus soldados iban cargados en sus marchas mas largas, y solo tenian harina para amasarla y hacer galletas que acompañaban con sebo ó manteca de puerco y un poco de vinagre para mezclarlo con el agua; enfermos ó heridos no tenian ni un hospital: su valor era feroz, sus padecimientos superfluos; y endurecidos con ellos contra sí mismos, llegaban á ser groseros con los demas, llamando heroísmo á los estragos que causaban despues de las batallas y á la matanza de pueblos desarmados. Los vencidos eran destruidos: los Persas trasladan al corazon del Asia naciones enteras hebreas ó griegas, como los Hebreos y Griegos aniquilaron las anteriores; Roma extermina la floreciente civilizacion de Etruria, Corinto, Cartago y Ródas, y hace de la sábia Grecia lo que los modernos Otomanos.

Tantas calamidades constituían el fondo de las costumbres heroicas; y así debía suceder, atendiendo á que no habia otro derecho que el del Comun ó del Estado, al cual faltaba toda base moral, cuando el tipo de la existencia perfecta solo se puede deducir de sus relaciones con el orden de todo lo creado. Entónces la antigüedad no lo poseía; ó cuando mas solo era conocido de algunos filósofos, sin que descendiesen á la conciencia de las masas, cuyos sentimientos engendran la sociabilidad y el derecho. Por eso el derecho romano daba una rígida expresion á las necesidades materiales de la asociacion tal cual existia, consagrando con inflexible lógica hechos violentos y consecuencias monstruosas. La equidad, en vez de presidirlos, solo se insinuaba en ellos furtivamente: el derecho natural no era su genuina expresion, sino que daban este nombre á las relaciones puramente instintivas de los seres animados, y derecho de gentes á las costumbres comunes á las naciones; y coexistiendo con el derecho civil, se estorbaban en vez de limitarse, sin que ninguno fuese causa final y por ello regla superior á todos. La jurisprudencia les decia que el hombre era libre por derecho natural, pero que llegaba á ser esclavo justamente; que se convertia en cosa por el derecho de gentes, y que se trasformaba en enemigo por el derecho civil.

Por fin se revela el Verbo, tipo ideal y á la vez real de una existencia necesaria, mirando al cual concibe el hombre la perfeccion á que está destinada su naturaleza, y de aquí la necesidad racional de efectuarla en las prácticas de la vida. Los Cristianos creyeron que era un deber mejorar siempre y sacrificarse mutuamente por Dios; creyeron en la caridad como ley obligatoria, y en una ciudad ideal á cuyo modelo conviene elevarse. De este modo la pura equidad y la fraternidad universal no fueron ilusiones, sino el estado normal á que el hombre ya no puede renunciar sin variar de naturaleza; el orden civil no es un simple hecho necesario, sino obligatorio, como reflejado por el orden social perfecto, y bajo condicion de aproximarse mas y mas á su perfeccion; y el derecho existe en tres elementos constitutivos, á saber: las reglas de pura equidad, código de la sociedad ideal; en los hechos sociales presentes, relacionados con aquel ideal; y su constante reforma para aproximarse progresivamente á la perfeccion.

Desde hoy la palabra fraternidad, que por primera vez se pronunció en el cenáculo, resuena en los gabinetes; la atroz denominacion de *enemigos naturales* se borra hasta de los inhumanos libros de la diplomacia; y nadie pretende que el sol, por ser mas precioso, derrame sobre él torrentes de luz, y la niegue á los demas. Las nacionalidades son sagradas; el único objeto de la guerra es recobrar los derechos; el único efecto de la victoria ganar la causa disputada y garantizarse de nuevas injurias. Si esto no sucede siempre, á lo ménos se aparenta; la violencia misma se cubre con el velo de la legalidad, y afortunadamente son ya excepciones los héroes, incensados y maldecidos á la vez. Un general debia haber muerto en batalla campal lo ménos diez mil enemigos para obtener los honores del triunfo, y hoy alabamos al que mas economizó los hombres y los sufrimientos; la guerra se hace entre los gobiernos, no entre las personas; la naturaleza misma de las armas hace desaparecer la actitud de un furor personal; y si para Roma era excepcion el que se cerrasen las puertas del templo de Jano, excepcion es para nosotros lo contrario; las armas no están prontas sino para dar fuerza á la razon y seguridad á la moral; y cuando uno amenaza por capricho, las naciones se ponen de acuerdo para hacer pedazos su carro. Los que combaten no son ya vasallos de un individuo, sino los escogidos de una nacion; y aunque el derecho bélico se funda todavía ferozmente en el presunto estado natural del hombre, las propiedades son gravadas, pero respetadas; las personas sufren violencias como individuos, pero no en masa; el prisionero no se convierte en esclavo, sino que se le custodia para que no ofenda; y así como en los suplicios fué un progreso mutilar los cadáveres en vez de destruirlos vivos, así la guerra se hace, pero profesando la paz; y

aun ella ayuda á justificar la idea del poder público contra el privado, de tal manera que del derecho de guerra nace entre los modernos la idea de la cosa pública.

Tal vez llegará tiempo, ¿por qué arrebatarnos tan piadosa ilusion? tal vez llegará tiempo, repetimos, en que no haya guerras entre las naciones civilizadas, y si solo emulacion de industria y acuerdo para avasallar á la naturaleza. Á esto tienden las sociedades modernas, mientras que las antiguas miraban como un oprobio el ejercitar sus propias fuerzas sobre la materia; hasta las mismas artes no se perfeccionaban sino al aspecto de la guerra, y siendo esta la ocupacion de todos, el trabajo y el comercio quedaban reservados á los esclavos como una especie de castigo.

Olvidamos las detestables virtudes de Esparta; y deslumbrados por las pomposas arengas de los Atenenses y Romanos, nos los figuramos como gentes muy libres en pensamientos y en actos; pero observad y veréis en los dias mas brillantes de la libertad romana tiranías desenfundadas, como la de Sila y Mario, y la de cualquiera que, como los triunviros, se hubiese atrevido á ejercer un poder no disputado. En su misma constitucion ¡cuán fatal es el poder de los censores! ¡cuán inquisitorial! ¡cuán arbitrario! Livio Salinator, investido de él, á pesar de una condena popular, declara infame al pueblo en masa, y quita los privilegios de ciudadanía á treinta y cuatro tribus, de las treinta y cinco que componian la ciudad. Son árbitros de subvertir la república; arrojan del Senado á muchos de sus miembros; treinta y dos separaron en el año 633 y sesenta en el 682; Apio Claudio excluye á todos los partidarios de César: aun se hace mas con los caballeros, relegándolos entre la plebe, y elevando á otros de esta clase á la de caballeros. ¡Cuán desordenada debia quedar la constitucion! ¡cuán poco afianzada la seguridad individual! El dictador Cornelio Rufino es excluido del Senado porque posee diez libras de vajilla de plata; Caton degrada al senador Manilio porque besó á su mujer en presencia de su hija. ¡Tiranía doméstica insoportable!

El orador en sus discursos no se proponia que la justicia estuviese garantida con las precauciones de nuestra época, ni descubrir el reo y librar al inocente, sino oscurecer la verdad con el hálito de las pasiones; y si aquellas arengas nos atestiguan el poder moral del hombre sobre el hombre, revelan tambien que la voluntad de los jueces ocupaba el lugar de la justicia. Las lágrimas de Horacio padre salvan al hijo fratricida; el orador griego descubre el seno de Frine, como el romano las cicatrices del soldado para que aquellos encantos y estos padecimientos les proporcionen la victoria en la causa que defienden.

Despues el imperio romano ejerce un despotismo tal que apenas puede creerse: legalmente se llevan al suplicio millones de hombres por-

que creen y adoran á otra divinidad; un prócsul, hombre honrado, por via de experimento, hace encarcelar y poner en tormento á muchos; y vacilando entre la legalidad y la conciencia, consulta al emperador y este aprueba, confirma y amplía tan atroz arbitrio. Y luego maldecimos la Inquisicion moderna, inexcusable, en verdad, por no haber sabido moderar la antigua severidad con la tolerante caridad del Evangelio, despues que por espacio de tres siglos los mártires habian luchado á fin de que la fuerza material fuese excluida del santuario del alma, y que no ejerciese su poder sobre la razon y la conciencia; y solo entónces el derecho llegó á ser humano, y la tolerancia ley de Dios y cánón de la humanidad entera.

Difieren, pues, radicalmente la sociedad antigua y la moderna, y ya se habrá comprendido cuál era mas libre. Los derechos de las clases privilegiadas se llevaron verdaderamente á su mayor plenitud en algunas repúblicas, como en Atenas; pero ¿cuántos los disfrutaban? algunos miles, y aun estos no con igualdad, tiranizando á una plebe innumerable y á un mundo de esclavos.

Y cuando decimos plebe, comprendemos á todo el pueblo que habitaba en el campo y gran parte del de la ciudad; que aun en aquellos países como en Roma, en que á fuerza de insurrecciones ó de sutilezas legales, se la habian asegurado los derechos de hombre, esto es, poder tener mujer cierta é hijos propios, y poseer un campo mientras no les fuese arrebatado por su acreedor, se encontraba, sin embargo, reducido á vivir ocioso y á esperar que le proporcionase su alimento la generosidad, esto es, la limosna de aquellos que necesitaban su voto ó tenían miedo á su furor; y si un día la tempestad retardaba la conduccion de cereales, ó si á Calígula le ocurre el capricho de no distribuirlos, la plebe morirá de hambre. Cuando sale de los marmóreas teatros, donde olvidó que ayer tuvo hambre y que la tendrá mañana, se apiña en miserables guaridas, tan escondidas á la vigilancia pública que se pueden establecer talleres, donde se obligue á un trabajo forzado á los pasajeros á quienes han robado.

Y cuando decimos esclavos, comprendemos á aquellos hombres que otro hombre puede vender mutilar y matar á su capricho, que no tiene familia, ni ley, ni Dios; entendemos aquellas mujeres á quienes ni aun se deja el consuelo de ceder á la fuerza ó á la seducción, que ayer su señor abraza, y mañana las venderá con los hijos que de ellas ha tenido; entendemos personas de quienes la ley no se digna hacer mencion, y si prohíbe mutilarlas, lo hace solo con el fin de que no se endurezca el corazon de sus amos.

Basta ser esclavos para hacer imposible la moralidad, porque su educacion está esencialmente descuidada. el mando absoluto, fiero y

aun adulado debilita en sus señores el imperio que deben tener sobre sí mismos, y que es la primera condicion del mejoramiento moral; el hábito de la crueldad arbitraria extingue el amor de la humanidad, que es el carácter del progreso social, y la facilidad del libertinaje envenena las relaciones domésticas.

Y la mujer, ¿qué fué en la antigüedad? madre de guerreros, trabajadora asidua, ama discreta, y cuando mas compañera del tálamo nupcial y á veces de la mesa; pero nada tenia de la libre personalidad moderna, por la cual una de nuestras criadas puede, sin necesidad de los subterfugios de la reina Penelope, rechazar á un pretendiente malquisto; y para acallar los improperios de los poetas y oradores (1), para ocultar las locuras de aquel emperador que uncia á su carro mujeres desnudas donde él mismo montaba tambien desnudo (2), el cuerdo legislador las baja de precio, é insulta su entendimiento y su veracidad. Jamas hemos encontrado entre los antiguos un instinto de educacion respecto de las mujeres. Si quieren colocarse á la altura del hombre y adquirir valimiento en la ciudad, es preciso que se hagan cortesanas; y entónces, como Aspasia, educarán á Pericles y Sócrates; entónces, como Pitonice, tendrán un sepulcro en la via Sacra que conduce á Atenas. Abominables amores entre hombres atestiguan todavia mas el desprecio en que se tenía á la mujer, reservada únicamente para la procreacion. Dejemos aparte los poetas eróticos, satíricos y cómicos: el honrado Plutarco refiere que Epaminondas no contrajo matrimonio porque tenia dos amigos mancebos; y cuando uno de ellos murió con él en Mantinea, se cuidó de colocar su tumba junto á la del héroe.

Entre los mismos libres se encuentra en cada familia una tiranía, mas feroz porque está mas inmediata; padres que pueden dar muerte á sus hijos ó abandonarlos, repudiar, ceder ó prestar sus mujeres, y que árbitros de los bienes y de la vida, ejercen jurisdiccion privada en los delitos domésticos (3).

La Grecia, tipo de las libertades antiguas, solo llega á las franquicias del Comun, al cual sacrifica el hombre. En Esparta, el Estado es el único poseedor; en Atenas, la propiedad pertenece á la familia mediante una singular combinacion de los sentimientos humanos con los intereses del Comun: en Roma, la

(1) Pindaro vencido llama *marrana* á su émula Corina. ELIANO, Var. XIII, 23.

(2) Lampridio, en *Eliogábalo*, XXIX.

(3) Hume, en un diálogo en que manifiesta la diferencia entre los antiguos y los modernos, expone multitud de costumbres crueles, con nombres bárbaros, como el encierro de las mujeres, el tormento de los esclavos, la exposicion ó abandono de los niños, el destierro de los hombres mas valerosos, y otras cosas todavia peores, suponiéndolas en un país distante y salvaje; pero cuando uno de los interlocutores queda sorprendido por la admiracion y el horror, le declara que habla de Atenas y prueba con textos clásicos todos aquellos hechos crueles y extravagantes y de aquí deduce con cuánta razon se llama á los Atenienses los Franceses de la antigüedad.

república es una asociacion de padres de familia, soberanos en el ejercicio del poder doméstico, tanto que los mismos hijos son una especie de propiedad. En ningún pueblo estaban desvinculadas las propiedades; las sustituciones ponian trabas á los contratos, obligando á vender únicamente en tal ó cual ciudad ó tribu: en Atenas, un ciudadano no podia dejar sus bienes mas que á sus parientes naturales ó adoptivos; la mujer, ni testar, ni hacer donaciones: solo los varones eran llamados á la sucesion, como continuacion de la persona y de la familia del padre; á falta de ellos sucedia la mujer, pero con la infelicitima obligacion de casarse con el pariente mas próximo.

Por todas partes vemos que el individuo es sacrificado al bien de la familia ó de la ciudad, y que la trasmision de los bienes, el derecho de testar, los matrimonios, los divorcios... están reglamentados segun esta tiranía pública: los autores mas adelantados no ven allí otra cosa que el bien de la república; tanto que Aristóteles pone al principio de su política el derecho de esclavitud, y Platon solo dirige su utopia de hacer feliz y fuerte el Estado, aunque sufra el individuo.

Si, pues, la antigüedad es el dominio del politeísmo, y nuestra era del Cristianismo, la cuestion ya está resuelta en nuestro favor. Porque no tomando en cuenta que el vicio estaba allí consagrado por escándalos divinos, la multiplicidad de númenes quitaba el sentimiento de igualdad, sin el cual no se da una idea competente de los derechos y de los deberes (1). El Evangelio enseñó á los grandes y á los pequeños á invocar al *Padre nuestro* y por consiguiente á reconocerse hermanos; no prohíbe el amarse á sí mismo, pero ordena que amemos á los demas como á nosotros mismos; con el precepto de hacer bien á nuestros semejantes por amor de Dios, introduce al hombre en la mente divina y le hace comprender que el objeto de Dios es el orden; como remedio á las desigualdades necesarias y á los inevitables padecimientos, nos presenta la caridad, amor trasformado en sentimiento religioso y en deber suave. ¿Dónde hay en toda la antigüedad una institucion semejante á la sencilla magistratura de nuestros curas, corporacion regular de institutores para el pueblo, tribunos para los oprimidos, consoladores para los que sufren, escogida de todas las condiciones, porque á todas proporciona luz, moralidad y consuelo?

(1) Mr. Troplong publicó en las actas de la Academia de Ciencias morales una larga memoria, cuya conclusion es « que el derecho romano fué mejor durante la época cristiana que en las mas brillantes anteriores; pero inferior á las legislaciones modernas, nacidas á la sombra del Cristianismo y mas penetradas de su espíritu. » Y dice: « Je ne me sens pas capable d'admirer un droit si esclave de la lettre, et si rebelle à l'esprit: droit orgueilleux en même temps, qui avait la pretention de pourvoir à tout, et n'avait l'intelligence des plus simples garanties, dues à la bonne foi. »

Algunos pretenden que la poblacion antigua fuese cincuenta veces mayor que el día; pero aunque se pudiese probar que era mucho mas numerosa, esto resultaria desmentido por otros datos. Se puede creer que la especie se multiplicase donde subsistian las castas, estando asegurada la subsistencia de todos; pero á medida que las clases ínfimas se elevan, crece la necesidad, la cual empobrece hasta la casta superior. Ademas todo induce á creer que en el mundo griego y romano fueron mas escasas las poblaciones. El pensamiento supremo de los legisladores era que el número de ciudadanos estuviese en proporcion con los recursos de la república, la cual debia alimentarlos; y el remedio mas acostumbrado era dejar que los padres matasen á sus hijos cuando se hallaban en la infancia. Ademas, la parte mas numerosa eran los esclavos, y en la esclavitud es muy escaso el aumento. Aun entre los libres, se hacian en Roma los matrimonios muy tarde, esto es, concluido el servicio militar. Despues la ruina de su poca agricultura hizo que inmensas posesiones quedasen despobladas. En fin, aun cuando fuesen verdaderos los millones de habitantes que suponen que tenia Roma, solo revelarían un inconveniente peor, el acrecentamiento de la cabeza en daño de los demas miembros.

¿Eran los antiguos mas ricos que nosotros? Así lo quiere la opinion general apoyada en cierto número de hechos. ¿Á quien no ha sorprendido, aun en su infancia, la opulencia de Salomon, su templo y sus fortificaciones? Alejandro encuentra trescientos millones en la tienda de Darío; el botín de la batalla de Iso basta para enriquecer y corromper la Grecia; Cartago y Corinto abundaban en metales preciosos, que en el incendio se fundieron juntamente y formaron uno nuevo. ¿Qué ciudad sería la de Ródas cuando para adornar su puerto construyó el célebre coloso? En un teatro de Atenas se rociaba con aguas olorosas á los espectadores, las cuales salian por conductos ocultos, y la representacion de tres tragedias costó al erario mas que la guerra del Peloponeso. Escáuro fabrica en Roma un teatro capaz de contener ochenta mil personas, adornado con cinco mil estatuas, y sin embargo no debia durar mas de un año. Inútil es repetir las magnificencias de Lúculo y Cleopatra, los banquetes de Vitelio, los tesoros de Heródes Ático, los de Craso, que tenia guardados siete mil talentos en numerario, y la suntuosidad de aquellos triunfos con que Roma se engrandeció desde los Escipiones hasta Aureliano.

En cuanto ha estado de nuestra parte, hemos hecho que nuestros lectores no consideren la riqueza acumulada en pocas manos, sino la que repartida sirve para las necesidades y comodidades del mayor número. Pero ¿cuántos utilizaban estas riquezas antiguas? ¿cuántos millones de hombres no perecian de pura hambre

Poblacion.

Riquezas.